

fueron tratados de quimeras ; pero hoy la marcha constante de las cosas, las tendencias generales han modificado los primeros juicios. No se considera ya como una utopia ese sistema de paz, reputado antes como impracticable, y aun se ha llegado á discutir seriamente sobre los medios de realizarlo en un próximo porvenir.

Es necesario, sin embargo, no engañarse en esto: si se aísla del cristianismo la edad de paz, aun cuando llegue á obtenerse, no nos dará lo que se piensa y nos hace concebir esperanzas. Las malas pasiones que en todo tiempo anidan en el fondo del corazon del hombre, se despertarán sobre todo en las épocas de paz. Nunca se encuentran las naciones mas próximas á su decadencia que cuando el templo de Jano permanece cerrado. Cesando las fuerzas físicas de agitarse y de crear una poderosa diversion, las fuerzas morales se remueven fermentándose ; y como desgraciadamente están infectadas en su origen, este movimiento, esta fermentacion, no hacen mas que arrojar de sí una espuma impura de donde se exhalan miasmas deletéreos en abundancia. Entonces los pueblos caen en la depravacion y la decrepitud, síntomas precursores de su muerte. Este es ciertamente un gran vicio de nuestra raza ; ¿ pero, cómo remediarlo ? El Evangelio y solo el Evangelio nos suministra el medio. "Velad, dice, y orad para que no entreis en tentacion." Velad, es decir, estad siempre armados, siempre dispuestos al combate contra vosotros mismos ; orad, es decir, invocad en apoyo de vuestra debilidad la gracia y los auxilios del cielo : así os mantendréis en un estado de actividad, de vigor y de salud capaz únicamente de triunfar del marasmo y de la corrupcion que engendra el reposo.

Ademas de lo dicho, la paz trae consigo otro mal que las sociedades antiguas han resentido aun en medio de sus turbulencias civiles, y del que se espantan las sociedades modernas despues de algunos lustros exentos de guerras generales. Este mal proviene de la superabundancia de vida que

tiende á engrandecer desmesuradamente las proporciones del cuerpo social, aumentándose con exceso la poblacion, cuando todas las circunstancias favorecen su desarrollo. Vender, esponer y destruir á los niños fueron los medios empleados por los paganos para sustraerse á ese mal : nosotros no podríamos recurrir á ellos. Así, pues, á despecho de las malas costumbres y de las medidas poco filantrópicas sugeridas por la filosofía, los economistas políticos se preocupan vivamente de los resultados alarmantes que ofrece el aumento progresivo de la poblacion para un próximo porvenir. Jesucristo, que sabia cuál debia ser el término último de su designio, se habia ocupado de esto antes que ellos. Él habia practicado y preconizado una virtud destinada á prevenir los excesos de la vida y aun á trasformarlos en agentes bienhechores de ella. Siguiendo siempre los principios generales de la redencion, llegará á verificarse que los hombres de fé, animados por el espíritu de sacrificio, se retraerán voluntariamente de la corriente vital en provecho de la sociedad. Guiada por la inspiracion de su divino Autor, la Iglesia ha impuesto á todos los miembros que forman su asociacion, así del clero regular como del secular, el deber de la castidad. Ella ha querido que olvidándose de sí mismos se consagren enteramente á la salud de sus semejantes. Esta sábia regla de disciplina, que ha tenido siempre por principal objeto la independenciam, la pureza y abnegacion de los ministros de la Iglesia, debia producir ademas en las naciones un eminente servicio, descargándolas del fardo de la poblacion que algunas sienten ya muy pesado desde que la filosofía, en nombre de la libertad, ha proscrito la de una abnegacion, cuyo valor y capacidad no ha comprendido, y desespera justamente de poderlo inspirar jamas. Pero la Iglesia que abraza un horizonte mas vasto que el de los séres de un dia, ha mantenido, á pesar de los sofismas y de las pasiones de los hombres, la integridad de sus santos institutos.—Ya se comienza á conocer y á apreciar mejor su alta importancia.

No está lejos el tiempo en que se venga á reconocer que la paz tiene acaso peligros mayores que los de la guerra. Nunca los enemigos del alma son mas tenaces y activos para asediarla, que cuando puede ella escuchar su voz insidiosa en la calma y el silencio. Si contra los enemigos del cuerpo se emplean las armas materiales, contra aquellos es necesario hacer uso de las espirituales. Preciso es que las milicias castas y consagradas al servicio de Dios purifiquen, despierden, vivifiquen á las almas que languidecen en el reposo y el abandono de una indiferencia culpable; preciso es tambien que ellas sacudan el entorpecimiento de los cuerpos, y que les preserven, en favor de las almas, de la inercia, de la debilidad y de la muerte, ensanchándoles el espacio para sus movimientos, abriéndoles campos mas vastos de aire y de luz. Un dia, lo esperamos llenos de firme confianza, el Salvador hará florecer una paz santa que el mundo no podrá dar jamas; un dia, segun la palabra del Profeta, Él será unánimemente proclamado *Príncipe de la Paz*.

La verdad de la proposicion general que acabamos de esponer, y de las particulares que le siguen, resalta de tal suerte de los hechos, que los mas grandes publicistas ó filósofos, se han visto compelidos á reconocerla. Ella emana, por decirlo así, como un axioma, de sus estudios históricos. Los testimonios abundan y pudiéramos multiplicarlos; pero creemos suficiente á nuestro propósito citar algunos nombres escogidos cuya autoridad no será dudosa ni disputada.

“Los principios del cristianismo, ha dicho Montesquieu, hacen más, que el honor en las monarquías, la virtud en las repúblicas y el temor en los Estados despóticos. A ellos debemos en el gobierno cierto derecho político, y en la guerra cierto derecho de gentes que la naturaleza humana no sabrá reconocer bastante; el derecho que hace que, entre nosotros, la victoria deje á los pueblos vencidos la vida, la libertad, las leyes y casi siempre la religion, esos grandes bienes que constituyen su existencia civil. ¡Cosa admirable! la religion

cristiana que parece no haber tenido por objeto sino nuestra felicidad en la otra vida, hace tambien nuestra dicha en esta.”<sup>1</sup> Juan Jacobo Rousseau piensa tambien que “nuestros gobiernos modernos deben al cristianismo una autoridad mas sólida, y que las rebeliones y trastornos hayan sido menos frecuentes. La religion, mejor comprendida y desviándose del fanatismo, ha hecho mas dulces las costumbres cristianas. Este cambio no es obra de las letras, porque donde quiera que han brillado, no ha sido por eso mas respetada la humanidad: las crueldades de los atenienses, de los egipcios y de los emperadores romanos dan testimonio de ello. ¡Cuántas obras de misericordia no son obras del Evangelio!”<sup>2</sup> A su vez, M. de Chateaubriand halla que “el cristianismo es admirable sobre todo por haber convertido al hombre físico en hombre moral. Todos los grandes principios de libertad y de igualdad se encuentran en nuestra religion, pero aplicados al alma y al genio y considerados bajo relaciones sublimes. Los consejos del Evangelio forman el verdadero filósofo, y sus preceptos el verdadero ciudadano. No hay pueblo cristiano, por humilde y pequeño que sea, en el cual no sea mas dulce la vida, que lo haya sido en el mas famoso de los pueblos antiguos. Hay en las naciones modernas una paz interior, un ejercicio continuo de virtudes bellas y pacíficas que no se vió reinar nunca á las márgenes del Iliso y del Tiber. Si la república de Bruto ó la monarquía de Augusto saliesen de repente del polvo de sus sepulcros, nos inspiraria horror la vida romana. El último de los cristianos, siendo hombre honrado, es mas moral que el primero de los filósofos de la antigüedad.”<sup>3</sup>

Como complemento de este capítulo y como corolario de nuestra esposicion histórica, tomamos del presbítero D. Jaime Balmes el cuadro interesante de los resultados principa-

1 *Espíritu de las leyes*.

2 *Emilio*.

3 *Genio del Cristianismo*.

les de la influencia del cristianismo en la civilización europea; hélo aquí: "El hombre, dotado de un vivo sentimiento de su dignidad, de un fondo abundante de actividad, de perseverancia, de energía y de un desarrollo simultáneo de todas sus facultades;—la mujer, elevada al rango de compañera del hombre, y recompensada, por decirlo así, del deber de la sumisión con las consideraciones respetuosas que se le prodigan;—la dulzura y la firmeza en los vínculos de familia protegidos por las poderosas garantías del buen orden y de la justicia;—una conciencia pública admirable, rica en máximas sublimes de moral, en reglas de justicia y de equidad, en sentimientos de honor y dignidad, conciencia que sobrevive al naufragio de la moral privada é impide que la desvergüenza de la corrupción llegue al grado en que se mostró en la antigüedad;—una cierta suavidad de costumbres en lo general, que en la guerra evita las grandes catástrofes y en la paz hace la vida mas apacible y amable;—un respeto profundo por el hombre y todo lo que le pertenece, que hace muy raras las violencias y sirve bajo cualesquier régimen político de un freno saludable para contener á los gobernantes;—un deseo ardiente de perfección en todos los ramos;—una tendencia irresistible, mal dirigida algunas veces, pero siempre viva por mejorar la condición de las clases numerosas;—un impulso secreto que manda proteger la debilidad y socorrer el infortunio, impulso que sigue á veces su curso con un ardor generoso, y que, cuando no encuentra medio de desarrollarse permanece en el corazón de la sociedad y produce en ella el malestar y la inquietud de un remordimiento;—un espíritu cosmopolita de universalidad, de propaganda;—un fondo inagotable de recursos para rejuvenecerse sin perecer y para salvarse en las mas grandes crisis;—una impaciencia generosa que quiere anticipar el porvenir, y de donde resultan una agitación y un movimiento incesantes, algunas veces peligrosos, pero que son constantemente el gérmen de grandes bienes y el síntoma de un poderoso principio de vida: tales

son los grandes caracteres que distinguen la civilización europea; tales son los rasgos que la colocan en un rango infinitamente superior al de todas las demas civilizaciones antiguas y modernas.

Sin embargo, es necesario reconocerlo: esta civilización está todavía lejos del tipo evangélico; pero si ya, por algunos de sus principales lineamientos, se distingue por una preeminencia marcada, ¿qué maravillas no será capaz de realizar cuando éntre resueltamente en la vía trazada por la cruz? ¡Dichosos los que saludaren la aurora de estos días benditos! ¡dichosos los que vieren los nuevos cielos y la nueva tierra en donde debe habitar la justicia!

## CAPITULO XXXVI.

Como el espíritu filosofico ha destruido la sociedad moral pretendiendo reformarla.

¿Por qué el antiguo mundo fué precipitado en un abismo de males, y sobre todo, en una degradación moral espantosa? Porque el hombre, dócil á los consejos de Satanás, sustrayéndose á la autoridad de Dios para no depender ya sino de sí mismo, caminó al azar, como un astro errante, á través de las tenebrosas regiones del error y de la duda. Para evitar esta causa suprema de nuestras desgracias, instituyó Jesucristo su Iglesia, á fin de que, semejante á la columna de fuego del desierto, marche delante de nosotros, brillando de luz celestial para trazar y alumbrar nuestra ruta. Con todo, nuestra libertad no estaba empeñada y podíamos, á nuestro arbitrio, seguir el rayo luminoso, ó descarriarnos corriendo